

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

ELÍSEO RECLÚS

Los ancianos luchadores se van. Ayer, Elías Reclús y Luisa Michel; hoy, Eliseo Reclús; se van, dejando imperecedera huella de su paso, gigante y creador, por la sociedad que fecundaron con su palabra ó su acción. Y aquí quedan los discípulos para testimoniar á los maestros que van desapareciendo que no se les olvida. Eliseo Reclús, cuya muerte, acaecida en Bruselas, á la edad de 75 años, comunicó el telegrafo hace pocos días, fué uno de estos pensadores y luchadores que dejan huella. Reclús era bordelés, nacido en Sainte-Foy-la-Grande el 15 de Marzo de 1830. Su padre era pastor protestante y dió educación protestante al que más tarde, liberal incapaz de transigir con los atentados autoritarios, fué republicano contra Napoleón III, apoyo de la *Commune* de París contra el ejército de Versalles, y, finalmente, anarquista contra la organización político-capitalista de la presente sociedad. Cuando el golpe de Estado de 1851, hubo de escapar de Francia, inaugurando las series de viajes que repitió incesantemente durante cerca de cuarenta años y que han producido la *Guía del viajero en Londres*, el *Viaje á Sierra Nevada de Santa Marta*, *La Tierra*, y la *Nueva geografía universal* que le ha hecho célebre en el mundo científico. Fué directamente á las islas británicas, que recorrió por completo, y estuvo luego en las Américas del Norte y del Sud, fijando por algunos años su residencia en Nueva Granada. De regreso en Francia (1857), fué publicando sucesivamente las notas y estudios recogidos en sus viajes, llamando especial atención al presentar con elocuencia y copia de datos la guerra separatista de la América del Norte. El ministro de los Estados Unidos en París quiso premiar al joven escritor con una suma de dinero, pero Reclús no quiso aceptar. Vivía miserablemente con lo que le daban por sus artículos, y no obstante consideró humillante sacar dinero de aquel estudio que su mente y su corazón le había dictado para el triunfo del derecho y de la libertad. Las populares *Guides Joanne* tuvieron por aquella época en Reclús el más autorizado y más documentado de los redactores, dotado á la par de un estilo vivo y agradable. En 1869 se afilió á la «Asociación Internacional de los Trabajadores». Cuando el tremendo período de guerra nacional, Reclús ingresó en la Guardia ó milicia nacional, y como no se empleara para nada activo á su batallón, pidió y consiguió entrar en la sección de aerostación, formada por Nadaf, para salvar el cerco de la capital atacada por los alemanes. Vino la *Commune*, y Reclús se quedó, como tantos otros — que después han sido funcionarios y ministros, — desaprobando la conducta del Gobierno, pero predicando la unión y la concordia. Los soldados de Thiers le hicieron prisionero y el consejo de guerra le condenó á la deportación. El 4 de Enero de 1872, el jefe del Poder Ejecutivo indultaba, sin embargo, á Reclús de esa pena, convirtiéndola en destierro. Tan excepcional medida fué debida á la influencia de los pensadores y naturalistas de toda Europa, que la solicitaron. Queda, para honra de Reclús, un documento de aquella época, suscrito por los más grandes hombres de Inglaterra, como Darwin, Williamson, lord Amberley, etcétera, en el que decían: «Nos atrevemos á pensar que la vida de un hombre tal como Eliseo Reclús, cuyos servicios á la causa de la literatura y de la ciencia — reconocidos por un público numeroso — no nos parecen más que una promesa de otros servicios aun más gran-

des que la madurez de su espíritu ha de hacer en el porvenir á la misma causa: nos atrevemos á pensar que esa vida pertenece no solamente al país que le vió nacer, sino al mundo entero, y que reduciendo de esta manera al silencio á un hombre tal, ó mandándole á perderse fuera de los centros de civilización, Francia no haría más que mutilarse y menguar su influencia legítima en el mundo.» Tales esperanzas no han resultado fallidas. Su *Geografía Universal*, su libro *La Montaña*, y sobre todo, *Historia de un arroyo*, librito que es una obra maestra, lo demuestran. Con Pedro Kropotkin, fundó Eliseo Reclús *La Révolte* — que más tarde pasó á la dirección de Juan Grave y continúa actualmente publicándolo con el título de *Les Temps Nouveaux* — escribiendo artículos de filosofía social y de propaganda netamente anarquista que, como *A mi hermano el campesino*, *Evolución y Revolución*, *Orígenes de la religión y de la moral*, *La Anarquía*, han sido traducidos á varios idiomas. Colaboró asiduamente en la *Revue des Deux Mondes*, en la *Société Nouvelle*, en la *Humanité Nouvelle*, y en infinidad de revistas inglesas y belgas. Actualmente era catedrático de Geografía en la Universidad libre de Bruselas. Su obra es de aquellas que quedan para infundir á la juventud la esperanza en un porvenir mejor... Siguiendo nuestra costumbre, publicamos á renglón seguido unas páginas de su libro *La Montaña*, como saludo á su memoria.....—N. DE R.

El Hombre

Esperemos, de todos modos, confiadamente: el día grande vendrá. Vánse los dioses y llévanselo consigo á los reyes, tristes representantes suyos en la tierra. Aprende despacio el hombre á hablar el lenguaje de la libertad: aprenderá también á practicarla.

Las montañas que tienen, á lo menos, el mérito de ser hermosas, forman parte del número de esos dioses que van perdiendo ya sus adoradores. Sus truenos y sus aludes no son ya para nosotros los rayos de Júpiter: sus nubes dejaron ya de ser los vestidos de Juno: ya subimos sin temor á los valles altos, residencia de los dioses ó guarida de genios. Las cumbres, formidables en otro tiempo, son hoy atractivo de millares de trepadores que han emprendido la tarea de que no quede peñón ni campo de hielo virgen de paso humano. En nuestras comarcas occidentales de Europa, casi todas las cúspides han sido conquistadas sucesivamente: las de Asia, Africa y América lo serán con el tiempo. Ya que ha terminado casi la era de los grandes descubrimientos geográficos y se conoce la tierra en su conjunto, salvo en algunos trechos, numerosos viajeros, obligados á contentarse con gloria menor, disputan la honra de ser

los primeros en subir á montañas aun no visitadas. Hasta á Groenlandia han ido á buscar cimas desconocidas los aficionados á ascensiones.

Parece que muchos de esos que cada año, en el buen tiempo, intentan trepar á alguna cima alta y de difícil acceso, suben impulsados por fútil vanidad. Buscan, según se dice, un medio penoso, pero seguro, de que los periódicos repitan su nombre, como si con una ascensión de esas hicieran algo útil á la humanidad. Llegados á la cumbre, redactan, con las manos entumecidas por el frío, un acta de su gloria, destapan ruidosamente botellas del espumoso vino, disparan pistoletazos como verdaderos conquistadores y tremolan banderas frenéticamente. Donde la cima de la montaña no está revestida de nieve, colocan en ella un montón de piedras, á fin de encontrarse á algunos centímetros más de altura. Considéranse reyes y señores del mundo, ya que la montaña toda es su pedestal para ellos y ven los reinos yaciendo á sus pies. Extienden la mano como para cogerlos. No de otro modo un pobre campesino, invitado por primera vez á visitar un real sitio, pidió permiso para sentarse un momento en el trono. Cuando lo logró,

apoderóse de él el vértigo del mando, y viendo revolotear á una mosca cerca de él, exclamó: «¡Ah! ¡Como ahora soy rey, te aplasto!» y espachurró al pobre insecto contra el brazo del dorado sillón.

Sin embargo, el hombre modesto, el que no pregonaba su ascensión, ni ambicionaba la gloria efímera de haber subido á algún pico de difícil acceso, también experimenta una gran alegría cuando huele una elevada cumbre. Saussure no ha pasado tantos años con la mirada fija en la cúpula del Monte Blanco, ni ha intentado su ascensión tan repetidas veces con el único fin de ser útil á la ciencia. Cuando, después de Bahuat, llegó á la nieve hasta entonces inmaculada, no tuvo sólo el gusto de poder hacer observaciones nuevas: debió de entregarse también á la inocente dicha de haber conquistado por fin el rebelde monte. El cazador de animales y el de hombres también se alegran cuando, después de porfiada persecución por bosques y barrancos, ribazos y valles, se encuentran frente á su víctima y consiguen alcanzarla con sus balas. Ni fatigas ni riesgos les han hecho cejar, porque una esperanza los sostenía, y cuando descansan junto á la derribada presa, olvidan cuanto han padecido. Como el cazador, el trepador de cimas disfruta de este júbilo de la conquista después del esfuerzo, pero además siente la dicha de no haber arriesgado más que su vida propia. Ha conservado puras las manos.

En las grandes ascensiones, el peligro es inminente muchas veces y á cada momento se expone uno á la muerte, pero siempre sigue adelante y se siente sostenido é impulsado por una gran alegría al considerar que se sabe evitar el peligro con la solidez de los músculos y la serenidad del ánimo. Hay que sostenerse muchas veces en una pendiente de nieve helada, en la cual un paso mal dado cuesta la caída al precipicio. Otras veces hay que arrastrarse por un ventisquero, aga-

rrándose á una aspereza de la nieve que, si se rompe, ocasiona el desplome en una sima, cuyo fondo no se vé. También hay que escalar paredes de rocas, cuyas salientes apenas tienen la anchura suficiente para apoyar en ellas el pie, y están cubiertas por una capa de escarcha que parece palpar bajo el agua glacial que corre por encima. Pero tales son el valor y la tranquilidad del espíritu, que ni un músculo se permite un movimiento falso, y todos armonizan sus esfuerzos para evitar el peligro. Resbala un viajero sobre una roca de pizarra lisa y muy pendiente, cortada bruscamente por un precipicio de cien metros de altura. Baja con rapidez vertiginosa por el plano inclinado, pero se extiende también para ofrecer mayor superficie al roce y tropezar con todas las ligeras asperezas de la peña; utiliza con tal habilidad los brazos y las piernas á manera de frenos, que se detiene en el borde del abismo. Precisamente corre por allí un arroyuelo antes de formar cascadas y como el viajero tenía sed, bebe tranquilamente, con la cara en el agua, antes de pensar en levantarse para volver á emprender la marcha por rocas menos peligrosas.

El trepador tiene más amor á la montaña, cuanto más expuesto ha estado á perecer, pero el sentimiento del peligro vencido no es la única alegría de la ascensión, especialmente para el hombre que, durante su vida, ha tenido que sostener rudos combates para cumplir con su deber. Aunque no quiera, ha de ver en el camino no recorrido, con difíciles pasos, nieves, grietas, obstáculos de todo género, una imagen del penoso camino de la virtud: esta comparación de las cosas materiales con el mundo moral se impone á su espíritu y le hace pensar: «Á pesar de la naturaleza, he alcanzado éxito próspero: la cumbre está bajo mis plantas: verdad es que he sufrido, pero vencí, y cumplí mi deber.» Este sentimiento hace toda su fuerza en aquellos

que han de llevar á cabo realmente la misión científica de escalar una cima peligrosa, ya para estudiar rocas y fósiles, ya para enlazar una red de triángulos y levantar el plano de una comarca. Estos tienen derecho á su propio aplauso después de haber conquistado la altura: si en su viaje les ocurre una desgracia, merecen el dictado de mártires. La humanidad agradecida debe recordar sus nombres, bastante más nobles que los de tantos supuestos grandes hombres.

Tarde ó temprano las edades heroicas de la exploración de las montañas acabarán como las de la exploración de la llanura, y el recuerdo de los trepadores famosos se convertirá en leyenda. Unas tras otras, habrán sido escaladas todas las montañas de las regiones populosas; construiránse senderos cómodos y después grandes carreteras desde la falda á la cúspide para facilitar la ascensión hasta á los hombres ociosos y estragados: se dispararán barrenos entre las grietas de los ventisqueros para enseñar á los papanatas la contextura del cristal: se establecerán ascensores mecánicos junto á las paredes de los montes inaccesibles en otro tiempo, y los que viajan por recreo se harán subir á lo largo de los vertiginosos muros fumándose un cigarro y hablando de cosas escandalosas.

¡Pero si ya se sube á las cumbres en ferrocarril! Ahora han discurrido los inventores, locomotoras de montaña, para que podamos respirar el aire libre del cielo durante la hora de digestión que sigue á la comida. Los americanos, gente práctica hasta en la poesía, han inventado este nuevo sistema de ascensión. Para llegar pronto y sin cansancio al vértice de su más venerada montaña, á la cual han dado el nombre de Washington, héroe de la independencia, la han enlazado con la red de sus ferrocarriles. Rocas y pastos están rodeados de una espiral de rieles que suben y bajan alternativamente los trenes silbando y desenrollando sus

anillos como gigantescas serpientes. Hay una estación en la cima y también fondas y kioscos de estilo chino. El viajero que va en busca de emociones encuentra allí bizcochos, licores y poesías á la salida del sol.

Lo que han hecho los americanos en el monte Washington, lo han imitado á escape los suizos en el Righi, en el centro del panorama grandioso de lagos y montañas. También lo han hecho en el Uti; lo harán en otros, llevando sus cumbres, como si dijéramos, al nivel de la llanura. La locomotora pasará de valle en valle y por encima de los picos, como pasa un barco subiendo y bajando encima de las olas del mar. Cuanto á las altas cúspides de los Andes y del Himalaya, sobradamente elevadas en la región del frío para que el hombre pueda subir á ellas directamente, ya vendrá día en que se las arregle para alcanzarlas. Ya le han llevado los globos á dos ó tres kilómetros más de altura: otras naves aéreas irán á dejarle encima del Gaurisankar, sobre la «Gran Diadema del Cielo brillante».

En esa gran labor de arreglo de la naturaleza no basta con hacer fácil la subida á los montes; en caso necesario se intenta suprimirlos. No contentos con hacer escalar á sus carreteras los montes más arduos, los ingenieros perforan las rocas que le estorban para que pasen sus vías de hierro de valle á valle. Á pesar de cuantos obstáculos ha puesto á su camino la naturaleza, el hombre pasa y hace una tierra nueva apropiada á sus necesidades. Cuando necesita un gran puerto para refugio de sus navíos, coge un promontorio de la orilla del mar y lo tira roca por roca al fondo del agua para convertirlo en rompeolas. ¿Por qué, si se le antojara, no había de coger montañas grandes para triturarlas y diseminar sus restos por el suelo de las llanuras?

Y el caso es que ya se ha emprendido ese trabajo. Cansados los mineros de Ca-

lifornia
yendo l
les ha
taña. E
peñón
bajo es
fácil cu
nos de
guijarr
enfrent
bombas
cesar la
de agua
montañ
culas d
brotado
ma ma
namien
lados e
por me
duos, t
dor, ser
secas ll

Esos
derable
los úni
rodadas
que fue
dejarse
encima
Todos
accesib
enferme
cursos
del hon
ras rob
mientra
dos los
Como t
consigo
dientes
esté á p
han lan
contra
hasta el
ran los
vida qu
de los b

California de que los arroyos les vayan trayendo la arena con partículas de oro, se les ha ocurrido atacar la misma montaña. En muchos sitios destrozan el duro peñón para sacarle el metal, pero el trabajo es difícil y costoso. La tarea es más fácil cuando han de habérselas con terrenos de transporte, como arena movable y guijarros. De modo que se han instalado enfrente de la montaña con enormes bombas para incendios, ahondando sin cesar las escarpas con continuo chorro de agua y demoliendo así poco á poco la montaña para extraerle todas las moléculas de oro. También en Francia ha brotado la idea de desmoronar de la misma manera una parte del inmenso hacinamiento de aluviones antiguos acumulados en mesetas delante de los Pirineos: por medio de canales, todos esos residuos, transformados en limo fertilizador, servirían para elevar y fecundar las secas llanuras de las Saudas.

Esos progresos son ciertamente considerables. Ya pasaron los tiempos en que los únicos caminos de la montaña eran rodadas tan estrechas que dos peatones que fueran en sentido contrario no podían dejarse paso y tenía que pasar uno por encima del otro, tumbado en el sendero. Todos los puntos de la tierra van siendo accesibles, hasta para los inválidos y los enfermos; al mismo tiempo, todos los recursos van siendo utilizables y la vida del hombre se prolonga con todas las horas robadas al período de esfuerzos, mientras su haber se acrecienta con todos los tesoros arrancados á la tierra. Como todas las cosas humanas, traerán consigo esos progresos los correspondientes abusos: y alguna vez habrá quien esté á punto de maldecirlos, como ya se han lanzado maldiciones en otro tiempo contra la palabra, la escritura, el libro y hasta el pensamiento. Digan lo que quieran los aficionados al tiempo viejo, la vida que es tan dura para la mayor parte de los hombres, se irá haciendo cada vez

más fácil. Velemos para que una educación fuerte arme al joven con enérgica voluntad y le haga siempre capaz de heroico esfuerzo, único medio de sostener el vigor moral y material de la humanidad. Substituyamos con pruebas metódicas el rudo combate de la existencia con el cual tenemos que comprar hoy la fuerza de ánimo. Antes, cuando la vida era una incesante batalla del hombre contra el hombre y contra la fiera; al adolescente se le miraba como á un niño, mientras no llevara algún trofeo sangriento á la choza paterna. Tenía que probar la fuerza de su brazo, la solidez de su valor antes de atreverse á tomar la palabra en el consejo de los guerreros. En los países donde el peligro, más que en combatir al enemigo, consistía en tener que sufrir hambre, frío, intemperie, el candidato al título de hombre era abandonado en el bosque sin alimento, sin vestidos, expuesto al cierzo y á las picaduras de los insectos: tenía que permanecer allí, inmóvil, altivo y plácido el rostro, y después de varios días de espera había de tener aún bastantes fuerzas para dejarse atormentar sin quejarse y asistir á una abundante comida sin adelantarse la mano para coger su parte. Hoy no se imponen ya á nuestros jóvenes tan bárbaras pruebas, pero hay que saber hacer elevadas y firmes las almas de los niños, no sólo contra las desgracias posibles, sino también, y más aún, contra las facilidades de la vida, si queremos evitar la decadencia y el embrutecimiento. Trabajemos para hacer dichosa á la humanidad, pero enseñémosle al mismo tiempo á triunfar de su propia dicha con la virtud.

En esta capital labor de la educación de los hijos, y por consiguiente, de la humanidad futura, la montaña tiene que representar un papel importante. La verdadera escuela debe ser la naturaleza libre con sus hermosos paisajes para contemplarlos, con sus leyes para estudiar-

las, pero también con sus obstáculos, para vencerlos. No se educan hombres animosos y puros en salas estrechas con ventanas enrejadas. Déseles, al contrario, la alegría de bañarse en los lagos y en los torrentes de la montaña, hágaseles pasear por los ventisqueros y los campos de nieve, lléveselos á escalar las elevadas cumbres. No sólo aprenderán fácilmente lo que no les podría enseñar ningún libro, no sólo recordarán todo lo que hayan aprendido en aquellos días felices en que la voz del profesor se confundía para ellos en una misma impresión, con la vista de paisajes encantadores, sino que también se habrán encontrado frente al peligro y lo habrán arrojado alegremente. El estudio será un placer para ellos y su carácter se formará en la alegría. No puede dudarse de que estamos en visperas de llevar á cabo los cambios más importantes en el aspecto de la naturaleza, así como en la vida de la humanidad: ese mundo exterior que tan poderosamente hemos modificado ya en su forma, lo transformaremos para nuestro uso más enérgicamente aún. Según van creciendo nuestro saber y nuestro poder material, la voluntad humana se manifiesta más imperiosa frente á la naturaleza. Actualmente, casi todos los pueblos que se llaman civilizados emplean todavía la mayor parte de su sobrante anual en preparar los medios de matarse mutuamente y de asolar los territorios ajenos, pero cuando, con mejor consejo, lo apliquen á aumentar la fuerza productiva del suelo, á utilizar en comunidad todas las fuerzas de la tierra, á suprimir todos los obstáculos naturales que ópone á la libertad de nuestros movimientos, cambiará ante la vista la apariencia del planeta que en su torbellino nos lleva. Cada pueblo dará, digámoslo así, nueva vestidura á la naturaleza que le rodee. Con campos y caminos, moradas y construcciones de todo género, por la agrupación impuesta á los árboles,

por el ordenamiento general de los paisajes, la población dará la medida de su ideal propio. Si posee en realidad el sentimiento de la belleza, hará á la naturaleza más hermosa; pero si la gran masa de la humanidad tuviera que seguir como es hoy, grosera, egoísta y falsa, continuará grabando tristes huellas en la tierra. Entonces será una verdad el grito del poeta: «¿A dónde huiré? ¡La naturaleza se afeal!»

Sea como fuere la humanidad en lo porvenir, cualquiera que deba ser el aspecto del medio que ha de crearse, la soledad, en lo que queda de la naturaleza libre, se hará cada vez más necesaria al hombre que, lejos del conflicto de deseos y de opiniones, quiera fortalecer su pensamiento. Si los sitios más hermosos de la tierra llegaran á convertirse un día en punto de reunión de los ociosos, á aquellos que gustan de vivir en la intimidad con los elementos, no les quedaría otro recurso que huir en una barca al alta mar ó esperar el día en que puedan cernirse como el ave en las profundidades del espacio, pero siempre echarían de menos los frescos valles de las montañas, los torrentes que brotan de la inmaculada nieve, las blancas ó sonrosadas pirámides que se yerguen en lo azul del cielo. Afortunadamente, la montaña es siempre el retiro más benigno para quien huye de los caminos abiertos por la moda. Durante mucho tiempo podremos apartarnos del mundo frívolo y reconcentrarnos en la verdad de nuestro pensamiento, alejados de esa corriente de opiniones vulgares y ficticias que turban y descaminan hasta á los espíritus más sinceros.

¡Qué asombro, qué insólita impresión sentí en todo mi ser cuando, traspuesto el umbral del último desfiladero de la montaña, me volví á ver en la gran llanura de indistintas y fugitivas lontananzas de ilimitado espacio! Ante mí estaba el mundo inmenso. Podía yo ir hacia el punto del horizonte al cual me impulsara

el capricho, y, sin embargo, por más que andaba, me parecía que no cambiaba de sitio, de tal modo había perdido la naturaleza que me rodeaba su encanto y su variedad. Ya no oía el torrente, ya no veía rocas ni nieves; la monótona campiña era la misma siempre. Libres eran mis pasos, y sentíame no obstante más prisionero que en la montaña. Cualquier árbol, cualquier arbusto bastaban á ocultarme el horizonte: todos los caminos estaban cerrados en ambas partes por setos ó vallas.

Al alejarme de los amados montes, que parecían huir lejos de mí, miraba á veces hacia atrás para contemplar sus curvas empuñecidas. Confundíanse poco á poco las pendientes en una misma masa azulada: dejaban de verse las anchas cortaduras de los valles: perdíanse las cimas secundarias: únicamente se dibu-

jaba en el fondo luminoso el perfil de las altas cúspides. Por fin, la bruma de polvo y de impurezas que se eleva desde las llanuras me ocultó las pendientes bajas: quedaba tan sólo una especie de decoración cimentada en nubes y á penas podía encontrar mi mirada alguna de las cumbres pisadas en otro tiempo. Después los vapores cubrieron todos los contornos; rodeóme por todas partes la llanura de invisibles límites. Desde entonces quedaba detrás de mí la montaña y volvía yo al gran tumulto de los humanos. Pero á lo menos he podido conservar en la memoria la suave impresión de lo pasado. Veo surgir nuevamente ante mis ojos el amado perfil de los montes, vuelvo á entrar con el pensamiento en las umbrosas cañadas, y durante algunos instantes puedo disfrutar apaciblemente de la intimidad con la roca, el insecto y el tallo de hierba.

Alfredo Fouillée

Las falsas consecuencias morales y sociales del darwinismo

VI Y ÚLTIMO

Podemos ahora desprender el gran error del pseudo darwinismo aplicado á la sociedad humana. El progreso social en la humanidad no tiene ni debe tener por fin la sobrevivencia de los que mejor adaptados se hallan al conjunto de las condiciones *actualmente existentes*, sean las que fueren; tiene por fin la sobrevivencia de los que son intrínsecamente los mejores y por esto mismo, socialmente mejores, los mejor adaptados á un conjunto de condiciones *ideales y futuras*. Para alcanzar este objetivo, el progreso social dificulta el curso natural de la evolución, tal como lo ha descrito Darwin, y se esfuerza en volverla á beneficio de la moralidad superior. La rivalidad social cede así cada

vez más el lugar á la mutualidad social de los servicios; hasta tiende, como hemos visto, á ser una forma de servicio mutuo: cada uno tiene un interés *final* en que los demás sean émulos suyos y por esta emulación aumentar la suma de bien común. Tocante á la competencia *destruktiva*, que conduce á la eliminación rápida ó lenta de los menos bien adaptados, cada día ve estrecharse más su campo sin cesar y trasladarse hacia las porciones inferiores de la humanidad que han quedado atrasadas en la civilización. Hasta cuando la ley de naturaleza fuese verdaderamente de «entrecomerse», lo cual es falso, la asociación, la división del trabajo y la cooperación inteligente están destinadas á barrar el paso al cumplimiento de esta ley. No se puede, pues, representar la sociedad hu-

mana, como hacen los darwinistas y los nietzscheanos, como siendo por sí misma una forma de la lucha por la vida; es, al contrario, un medio de luchar contra la lucha por la vida.

El progreso de las sociedades, sobre todo de las modernas, es debido, no á la fuerza brutal, sino á la fuerza de las ideas, que envuelven ellas mismas un acuerdo con las cosas y con los hombres, no una simple oposición ó una lucha. Se puede, sin duda, aplicar á las mismas ideas, á las ideas-fuerzas, ciertas leyes de Darwin: competencia, variación afortunada, selección final y adaptación al medio. Es una aplicación que ya hemos hecho. Un darwinista inglés, Alexander, lo ha hecho igualmente. Pero es necesario no confundir, y por nuestra parte jamás hemos confundido, una lucha de ideas con una lucha de animales por la vida. Un conflicto de ideales ó de ideas-fuerzas no tiene nada de violento por sí mismo, aunque por accidente pueda acarrear violencias de lenguaje ó de acción. Más aun; en este caso la violencia es ordinariamente el mejor medio para impedir la victoria. Las guerras de la Revolución y del Imperio ¿extendieron verdaderamente en Europa las «ideas nuevas», como se nos repite sin cesar? En nuestros días vemos los principios democráticos, y hasta ciertas ideas socialistas, extenderse de un modo irresistible en el seno de todas las naciones, en América como en Europa; ¿es por la guerra y la violencia que invaden? No, y su invasión que no tiene nada de darwiniano, no deja de ser por esto irresistible.

Alexander, después de Platon, ha dicho con razón que la política es una especie de microscopio para estudiar los fenómenos del orden moral. Pues bien; considerad de qué modo se efectúa una reforma política. «Surge una personalidad cuyos sentimientos, modificados por la reflexión, la inclinan á una nueva línea de conducta. Por ejemplo, tal persona de-

testa la crueldad hacia los animales, ó critica la insuficiente libertad de la mujer, ó condena la extensión sin freno del envenenamiento alcohólico.» Puede hallarse sólo en pensar así ó tener un pequeño número de adherentes; se la contradice, se la ridiculiza, hasta se la persigue. He aquí el elemento de *lucha*, que no es en este caso una «condición», sino un obstáculo. Sin embargo, por grados, las ideas se extienden, acaban por invadir una mayoría de cerebros, que acarrea una mayoría de votos; lo que al principio era una opinión accidental é individual se convierte en opinión general y durable. ¿Cómo identificar un procedimiento semejante con la lucha por la vida de los animales? El rasgo verdaderamente común á los dos procedimientos es la aparición de una *feliz variación*, de un cambio en mejor, con esta diferencia capital que se trata, en el segundo caso, no de una variación de *estructura* orgánica, sino de una variación de *funcionamiento* cerebral y mental. Tocante al elemento de lucha, nada tiene de esencial. Puesto que el progreso no es siempre la adaptación al medio social presente; puesto que hasta proviene de una tendencia individual á la variación, puede sin duda conducir á una oposición entre la sociedad y el individuo; pero esta oposición ni es *esencial*, ni *necesaria*, ni *definitiva*. Una idea nueva que convirtiere de golpe á todo el mundo no hallaría ninguna oposición, triunfaría más fácilmente. ¿Acaso no sucede con ciertos descubrimientos científicos que una vez efectuados saltan en seguida á la vista de todo el mundo?

El reformador es una nueva «variedad»; ó mejor, para hablar con propiedad, representa un plan de conducta que es una variación del plan original y generalmente adoptado: por ejemplo, un nuevo derecho concedido á los extranjeros, á los obreros, á las mujeres, etc. Los antiguos planes de conducta sucum-

ben, a
Los m
efectúa
sión y
una fo
¿Qué
aquí? L
cerse
amor c
do mis
tica es
dolo a
temer
cuyo e
místico
parar
contin
medida
na un
sentan
human
y gast
un gra
une to
entend
doctrin
trocad

Pod
social
aparec
al biol
rrespo
ría, do
las con
las des
tuída
por la
su lim
por las
ha sido
de las
edad in
de sele
una ex
de fen
una te

ben, abandonados por sus defensores. Los medios ordinarios por los que se efectúa esta substitución, son la persuasión y la educación, que no es más que una forma sistemática de la persuasión. ¿Qué «lucha» verdadera puede hallarse aquí? Persuadir es, muy á menudo, hacerse amar y hacer amar una idea; el amor es el contrario de la lucha. El fondo mismo de toda reforma social ó política es el amor á un ideal nuevo. Haciéndolo amar es como triunfa, no haciéndolo temer y odiar. Alexander — un inglés cuyo espíritu positivo no tiene nada de místico ni de idealista — acabó por comparar la historia de la humanidad á una continua plegaria dirigida al ideal. Á medida que la humanidad ruega, desgrana un rosario sin fin: los granos representan las ideas sucesivas del género humano. Cuando un ideal ha sido vivido y gastado su poder, la humanidad pasa un grano de su rosario, y «el hilo que une todos los granos es el amor». Así entendido, el «darwinismo» no es ya una doctrina de lucha, sino de unión; se ha trocado en su contrario.



Podemos concluir que el «darwinismo social», en lo que tiene de exclusivo, aparece al sociólogo aún más falso que al biólogo. El darwinismo social corresponde á esta afirmación contradictoria, donde fué á perderse Nietzsche: que las conciencias están unidas por lo que las desune; que la sociedad está constituida por la insociabilidad, el acuerdo por la lucha, la esencia de una cosa por su limitación y negación parcial, la luz por las tinieblas. El sistema de Darwin ha sido la proyección sobre la naturaleza de las condiciones competitivas de la edad industrial de la humanidad. La ley de selección, que él puso en evidencia, es una explicación para un cierto número de fenómenos; no es de ningún modo una teoría general del universo, menos

aún una teoría general de la conducta humana. Cuando no se quiere descuidar el método científico, un factor secundario y derivado, como la eliminación natural por medio de la lucha por la existencia, no debe ser presentado como un factor *primario y originario*, ni ampliado hasta convertirlo en la única fórmula de progreso para la naturaleza, y menos para la humanidad pensante. El himno de los naturalistas, y aun más el de ciertos moralistas, á la lucha y á la guerra es tan científico como el himno que un mecánico dirigiese á los roces y á los choques internos de su máquina: «¡Qué bella lucha de rodajes! ¡Cómo chocan con estrépito y se contrarían mutuamente! ¡Es la obra maestra de la ciencia!» Nietzsche es tan sensato como el mecánico que así discurriré.

La lucha por la vida no es, como ya hemos visto, el factor más poderoso de la evolución. Este factor, en último análisis, es la inteligenciación por la vida. La asociación es una ley de las sociedades animales tanto como de las sociedades humanas; deriva de las mismas leyes de la vida. Existe en el organismo de los metazoarios; existe hasta en el de los protozoarios, mucho más complicado ya de lo que parece, en el que distinguimos aun un núcleo y protoplasma, pero no distinguimos la trama sutil y compleja del núcleo y del protoplasma. Las partes del ser viviente coexisten y se ayudan mutuamente. Del mismo modo, en todas las relaciones de los seres animados, la lucha por la existencia tiende á convertirse en lucha por la coexistencia. Los mismos naturalistas responden actualmente á los apóstoles de la guerra y de la fuerza, que no son las especies más fuertes de los períodos paleontológicos, como el *mammuth*, el *megatherium*, el *dinotherium*, los que han sobrevivido; que ciertos pájaros vigorosos, como el dronte, el solitario de las islas Mascareignes, han desaparecido; que las águis-

las tienen un imperio bastante limitado; que las grandes fieras, tan estimadas de Nietzsche, que viven aisladas ó en un aislamiento relativo, disminuyen de número y retroceden sin cesar. En la lucha por la vida, los leones y las águilas son los destinados á ser vencidos. Las grandes fieras tienen la fuerza, tienen la agilidad, tienen la astucia; la inteligencia de los leones no parece inferior á la de los borregos; ¿cómo se explica, pues, que estos grandes «luchadores por la vida» hayan desaparecido casi todos? ¿Cómo es que ninguno ha sabido subir «ni siquiera un peldaño de una civilización cualquiera?» Los naturalistas responden que es debido á que el feroz carnicero vivía aislado é insociable. Y tanto es así, que precisamente son los más dulces, relativamente, los que, á pesar de Nietzsche, han acabado ó acabarán por poseer el «reino de la tierra». Los bueyes, los borregos, los caballos, los perros, los hombres, «todos juntos por medio de la ayuda recíproca, han conquistado la tierra y disfrutan hoy de los prados, de los bosques y de los ríos (1).» El hombre ha triunfado aun más que los demás animales, á pesar de que no ha sido el más fuerte físicamente. — Sí, replican darwinistas y nietzscheanos, pero era el más fuerte intelectualmente, y la misma inteligencia es una forma superior de la fuerza ó de la potencia. Al hablar así olvidan que la inteligencia del hombre se debe en su mayor parte á la misma sociabilidad. Todo lo que ha hecho la fuerza intelectual del hombre — especialmente el lenguaje y la ciencia — es un producto social. Por consiguiente la sociabilidad es la causa de la superioridad. El verdadero «superhombre» es el hombre social.

Los fanáticos del combate universal olvidan, además, que toda lucha implica un gasto y una pérdida de energía vital, como toda colisión y todo roce en las

máquinas implican una pérdida de fuerza viva. Por lo mismo que la vida tiende á su máximo de desarrollo y de energía, como lo sostiene Nietzsche con Guyau, debe tender á emanciparse del conflicto para adoptar un modo de acción que en lugar de colocar las fuerzas unas contra otras, las haga converger hacia un mismo objetivo. Desde luego la evolución no tiene la lucha por *fin* ni como único *medio*; al contrario, no la sufre sino como una necesidad más ó menos provisoria, y la substituye, allí donde es posible, por la cooperación. He aquí el verdadero resultado de las observaciones científicas contra el cual nada pueden todos los poemas de Zarathustra.

Únicamente cuando os acercáis al estado de natura en que vive el bruto, véis al ser viviente expuesto «á no comer demasiado y á ser comido». Entonces reina el verdadero combate por la vida. Pero el progreso eleva cada vez más el plan de la competencia, trasladándolo sobre objetos menos directamente necesarios á la conservación de la vida material. El objetivo está en alcanzar un plan bastante elevado para que aquel que en él obtenga el éxito sea, al mismo tiempo, el mejor, el mejor en sí, el mejor para los demás, de modo que su éxito personal sea útil á todos.

Tratar la moral según las leyes de la vida animal es olvidar que se trata del hombre y que se trata también de la sociedad humana, que está, por así decirlo, á dos grados de distancia de la bestia. La misma ética animal no tiene la brutalidad que los darwinistas quisieran instalar entre los hombres. No dejan de subsistir diferencias capitales entre hombres y animales. Estos luchan y cooperan no más que para vivir; si por añadidura se desarrollan, este desarrollo no ha sido un *objetivo*, sino un *efecto* concomitante que se ha producido independientemente de sus previsiones. Los hombres, al contrario, no luchan ni se unen

(1) Housay, *Revue philosophique*. Mayo 1893.

únicamente para vivir; lo hacen para vivir mejor y desarrollarse. Y esta palabra *mejor* implica indudablemente una mayor suma de goces; pero como estos goces son los de un ser inteligente y amante, lo *mejor* implica también un desarrollo de la inteligencia y de los afectos. En consecuencia, no es ya la simple lucha animal por la existencia ó la vida; es la lucha humana por bienes sin cesar superiores que añaden la *calidad* á la *intensidad* de la vida.

Los bienes materiales que no pueden pertenecer á varios á la vez, continúan aun siendo una causa de rivalidad y de división entre los hombres; pero no todos los bienes son materiales. La verdad gozada por una inteligencia no impide que las demás inteligencias la gocen asimismo. La belleza puede ser contemplada por varios, y el placer que cada uno siente, en lugar de estar contrariado por el placer semejante de los demás, queda centuplicado. Lo mismo en el orden moral, en cuyo la bondad de uno no tiene jamás por condición la maldad de otro; al contrario, de la bondad y felicidad ajena hace su propio objetivo y su propia felicidad. Hablar sin cesar del hombre como si fuese un bruto incapaz de amar la verdad, la belleza, la bondad, es hacer psicología tan falsa como si se quisiera reducir la vida del animal á la vida del vegetal inmóvil é insensible con el pretexto de que la vida *fundamental* es de naturaleza negativa. Las teorías más bellas sobre las plantas no pueden aplicarse sin modificación á los animales; las teorías más bellas sobre los animales, no pueden aplicarse sin modificación á los hombres, sobre todo á los hombres de las sociedades civilizadas. El término *vida* como el de *potencia* ó *voluntad de potencia*, es, en su género, casi tan vago como el de *existencia*, y se podría prevalerse de que la simple existencia es más fundamental que la vida, para razonar sobre los vi-

vientes según las piedras ó los metales.

Así, pues, la última pregunta es esta: — ¿La evolución humana depende tan sólo de las leyes generales que obran en la naturaleza *menos el hombre*, por ejemplo, en los leones y los tigres? Los sedicentes sabios que lo sostienen no se dan cuenta de que cometen una falta tan grosera como si olvidasen uno de los factores en una operación algebraica. Su beatífica admiración por la evolución, por la selección natural, por el éxito de lo que sobrevive en la competencia universal, debería lógicamente conducir á la admiración del «altruismo», de la bondad, de la filantropía, ya que todo esto ha logrado establecerse en el corazón de la humanidad; puesto que la cooperación opuesta á la competencia y á la selección natural, precisamente se ha ido redimiendo por selección; puesto que la lucha contra la lucha ha sido el resultado final de la misma lucha. La dulzura se va convirtiendo en una potencia más fuerte que la «dureza». Hay una verdad «científica» en el fondo de la gran palabra moral: «Bienaventurados los dulces, porque el reino de la tierra les pertenece». Todo lo que ha sido y es, nada prueba en contra de lo que será.

Un célebre biólogo alemán, Weissmann, se pregunta y con razón si toda esta florecencia desbordante de sentimientos propiamente humanos y de ideas humanas (y nosotros agregaremos, universales) tiene verdaderamente por única explicación conservar la vida orgánica del individuo ó de la especie. El resultado final ¿no traspasa enormemente las necesidades puramente fisiológicas? ¿No implica un «proceso» más profundo que la misma vida y una forma de existencia mental superior? Hay aquí, respondéremos nosotros, no solamente adaptación á las condiciones exteriores y materiales de la vida orgánica, sino adaptación al entero Cosmos, á la realidad universal y al ideal universal; ya que el hombre pien-

sa, siente y quiere universalmente. Es necesario acabar de una vez para siempre con los sofismas siempre renacientes que ponen en circulación los falsificadores de productos científicos. ¿Queréis, queremos, en definitiva, una conclusión que esté verdaderamente conforme á la ciencia y á la filosofía, porque estará verdaderamente contenida en sus premisas y que estas mismas premisas abarcarán la realidad entera? He aquí, en pocas palabras, lo que habrá que decirse, y no damos esta conclusión como una hipótesis, sino como una verdad demostrada. El entero mundo viviente está regido

por dos leyes: la de la competencia por la vida y la del acuerdo por la vida. La ley de la competencia tiene por verdadera consecuencia, en el orden social, la necesidad de respetar el desarrollo de la *individualidad*; la ley del acuerdo por la vida, de otra parte, reclama, en el orden social, el progreso incesante de la *solidaridad*. No ver más que una de estas leyes es confundir la parte con el todo; abarcar las dos, con sus legítimas consecuencias, al propio tiempo que hacer obra de verdadera ciencia, es comprender el pasado y anticipar el porvenir.

Revue des deux mondes, París, Octubre 1904.

Edwig Dohm, en *Die Zukunft*, Diciembre de 1898, publicó un excelente estudio titulado *Nietzsche y las mujeres*. Dicho estudio nos enseña que este filósofo alemán compartía los prejuicios de Schopenhauer respecto á las mujeres y que se mostró siempre adversario de su emancipación. Voluntariamente las hubiera relegado á un serrallo. En efecto, ¿acaso no declaró que únicamente los pensadores asiáticos tuvieron la exacta concepción de la mujer diciendo que hay que considerarla como una propiedad, «como un sér de antemano consagrado á la servidumbre»? Según Nietzsche la mujer ha de limitarse á procrear y nada más. «Es ciertamente lamentable — escribía Edwig Dohm — ver á dicho pensador reeditar con respecto á las mujeres las más bajas vulgaridades y reclamar para ellas la piedad y la religiosidad de que quiere se emanicen los hombres, convirtiéndolas en un personaje de melodrama... Esta concepción no es ya la de la «prodigiosa razón del Asia», sino la de un folletinista de baja ralea.»

Y como el Sr. Comas Costa comparte la inhumana y estrafalaria opinión del filósofo alemán que anhelaba la destrucción de «los tenderos, los cristianos, las vacas, las mujeres, los ingleses y demás demócratas» para cuando triunfe el brutal egoísmo del superhombre, hemos visto con verdadera satisfacción que nuestra camarada la Srta. Jacquinet desee poner unos cuantos puntos sobre las fes pseudo científicas del discípulo de Nietzsche.

— N. DE R.

Clemencia Jacquinet

Lección de cosas

Al Sr. J. Comas Costa

Hubo en la historia de Europa un período que dejó detrás de sí un recuerdo tan triste y tan aterrador, que bastó para desnaturalizar el sentido y el valor de un sistema social y hasta la palabra que califica este sistema representa aún en nuestros días, para la masa del público, la idea de desorden, de violencia, de desencadenamiento de todas las incontenencias. Tiene este período su característica más sorprendente en Alemania, en el siglo XIV, después de las guerras debidas á la ambición de los Hohenstaufen y las discordias intestinas que las siguieron.

Los señores, margraves, burgraves, etc., —los superhombres de aquella época— dominaban cada uno en sus tierras y ponían á rescate á todo aquel que entraba en ellas; se apoderaban sin miramientos y cuando les venía en ganas de los productos de los campos y de las ciudades; mataban á los habitantes que hacían semblante de resistir y hasta por simple capricho. En una palabra: aplicaban los principios del individualismo en todo su rigor y belleza.

He aquí como un canónigo de Strasburgo cuenta las hazañas del conde de Wurtemberg, contra las ciudades de

Sonabe (1376). Cito este relato porque puede ser multiplicado por el número total de superhombres contemporáneos de dicho señor.

«Tan devastado quedó el país, que de un extremo á otro no hubo una sola ciudad que no fuese incendiada y puesta á rescate. Los hombres del conde entraban á caballo en todas las poblaciones, devastaban el país en todos sentidos, segaban la hierba con sus espadas, labraban los campos y sembraban en ellos mostaza, exprofeso porque allí donde se ha sembrado una vez renace siempre y no es ya posible desembarazarse de ella. Por añadidura cortaban las viñas y talaban los árboles frutales. Cerca de 1,500 ciudades fueron incendiadas y saqueadas.»

Sucedíanse estas bellas hazañas diariamente, cumpliéndose en virtud del «faust-recht» (el derecho del puño). Era el tiempo en que nadie osaba aventurarse por los caminos sin escolta, en que la vida y el trabajo de todos estaban incesantemente amenazados por un puñado de bandidos que, dueños absolutos de sus fantasías brutales y estúpidas, pretendían á su antojo sentar la mano á todos los que no se sentían con fuerza ó no estaban en condiciones de defenderse contra sus rapiñas.

Por lo demás, pronto se cansó la gente de las hazañas de estos bandidos y para librarse de ellos se formó «un haz de fuerza con la debilidad». Los habitantes de las ciudades alemanas, artesanos y mercaderes, formaron una gran liga conocida con el nombre de la Hansa Germánica. Esta liga logró restablecer la seguridad de los caminos, asegurar el cambio de los productos, y obligó á los *superhombres destituidos*, á entrar en sus cubiles y someterse al régimen del derecho común, sin recurrir siquiera á la guerra y á la violencia; simplemente, haciéndose respetar. No se cometió ningún atentado contra los bandidos que

tanto daño habían causado; por lo menos, las ejecuciones que se siguieron no fueron obra de la Hansa. Ésta se limitó á obligarles á tener en cuenta la existencia de sus semejantes, les hizo roerse las uñas, sin intentar explotarles ni reducirles á servidumbre.

Hay en esto una lección de cosas en parte doble, que ofrezco á la meditación de los individualistas en general y del joven Comas Costa en particular.

Esta época, llamada «anarquía alemana», representa, en efecto, lo que sería una sociedad anarquista-individualista, mientras que la Hansa, en sus comienzos, representa lo que sería una sociedad anarquista basada en la solidaridad y en la organización *equilibrada*.

Los excesos de la primera han bastado, como ya hice observar al principio, para desacreditar á los ojos de mucha gente el nombre de anarquía, muy injustamente, no cabe duda, si se le considera en su verdadero sentido, que de ningún modo es el de «licencia sin freno». Forzoso es reconocer que el individualismo constituye la peor y la más insoportable de las tiranías, ó mejor: el individualismo es la base, la esencia misma de la tiranía. Ahora bien, nosotros no queremos que se nos tire: ¿qué responderá á esto el Sr. Comas Costa? ¿Pretenderá, tal vez, que su voluntad tiene más valor que la nuestra?

Por otro lado, deseos me vienen de disfrazarme por un día de individualista puro é ir á imponer mis fantasías al señor Comas Costa, procurándome antes los medios de ser la más fuerte: en virtud de sus propias teorías tendrá que inclinarse ante la voluntad de mi individuo y respetar el sello de mi poder, pues en fin de cuentas, nada prueba que el señor Comas sea más superhombre que yo ó que cualquiera de entre nosotros.

Por lo que concierne á la «ciencia biológica» de nuestro antagonista, ¿no es bien imprudente por parte suya procla-

marla tan alto? Si yo le preguntare, por ejemplo, donde estudió biología y ciencias naturales, ¿no comería una indiscreción? Y si me respondiese con un «no ha lugar», ¿no quedaría autorizada para creer que todo el alarde de citas de que hace gala ha sido sacado únicamente de los dos autores que constituyen su biblia y su corán?

¿Podría decirme, por ejemplo, con toda exactitud, qué es un thallus, una gastrula, una mónera, etc., por no citar sino las de más fácil reconocer?

En el caso de que lo ignorase estamos á su disposición para enseñárselo. Y le advierto generosamente que es inútil que pierda su tiempo buscando definiciones en un diccionario de ciencias, pues podría exponerse á soltar enormidades de las que ni se daría cuenta. Para hablar de estas cosas es necesario tener la costumbre de saber servirse de ellas.

El Sr. Comas Costa tiene una gracia muy particular cuando se burla del sabio que inquiere si la sanguijuela tiene cerebro. Por lo visto ignora hasta las tendencias más salientes de la ciencia actual. Ve aún á los sabios á través de sus autores avejentados de medio siglo y que no podían prever los trabajos modernos. Particularmente la biología, en cuanto á ciencia organizada, es bien posterior á Nietzsche y á Stirner, y tengo la opinión de que su joven discípulo—que aun no ha tenido tiempo para poder desarrollar iniciativas y hacer estudios personales—no está muy al corriente de lo que pasa en el mundo de los físicos y de los naturalistas.

Agregaré, además, aunque le disguste, que es muy importante examinar si la sanguijuela tiene cerebro, ya que reuniendo hechos en apariencia insignificantes es como se llega, no á establecer teorías tan transcendentales como sistemáticas é incompletas, sino á desprender la verdadera filosofía natural y materialista. ¿No fué haciendo la anatomía de la

lombriz como se descubrió el valor del segmento animal y se comprendió su evolución que termina con la forma humana? En 1894 tuve el alto placer de seguir de cerca estos bellos trabajos, que han revolucionado la antigua clasificación de los organismos dando la prueba del transformismo, trabajando entonces en el laboratorio de su autor, el señor E. Périer.

Pero estamos siempre á vueltas con lo mismo: se quiere comenzar el edificio por la techumbre y leer, al azar de lo que salga al encuentro, obras que se es incapaz de juzgar y de comprender, debido á la carencia de una sólida educación preparatoria. Acostumbrados á engullir ciencia sacada de un manual cualquiera, queda uno incapacitado para resistir á la sugestión de sus lecturas á poco que tope con un autor brillante cuyo estilo es tanto más centelleante cuanto más vacío. Esto es lo que le sucede al Sr. Comas Costa, de lo cual no se da, ciertamente, cuenta y no querrá convenir en ello. Hallo la prueba en la imaginación petulante con que me trata de cristiana y discípula de Tolstoi, yo, que no he sido bautizada y que me vanaglorio de no ser discípula de nadie, de depender tan sólo de mi propio juicio, sea cual fuere, haciendo de este modo acto de verdadero individualismo, aunque no agresivo.

Y ahora, que el Sr. Comas Costa y todos los individualistas de mal quilate sépanlo bien:

Identificada con los sentimientos altruistas de los anarquistas *viejos*, declaro que estamos siempre dispuestos á respetar los derechos de nuestros semejantes, á ayudar á todos los que puedan tener necesidad de nosotros, á hacer nuestras sus penas y sus alegrías; pero que jamás permitiremos á nadie que se nos imponga en virtud de su «individualismo» ni toleraremos tampoco que quiera obligárenos á sufrir una denominación cualquiera.

Moloch

Advierte ¡oh Fabio! este contraste. Pasa el motín por las calles, rugiente y furibundo y el vecindario tranquilo le mira pasar. Asoma el comerciante á su puerta, cuájanse de curiosos los balcones, gruñen las viejas, ríen los mozos, gritan los chicos; alza la madre al roro entre sus brazos para que pueda contemplar á la hidra, se enoja el hombre de orden, vocifera el entusiasta, se encoge de hombros el indiferente y todo es animación, expansión, jaleo, broma, bullicio y jolgorio.

Que asome el orden su faz adusta y la escena experimentará una brusca transformación. La ansiedad y la zozobra se juntan en todos los semblantes, el temor hace palpitar los corazones, tiendas y portales se cierran con estrépito, voces trepidantes de angustia repiten nombres queridos, recelan los varones, inmútanse las hembras, huye el pusilánime, se apercibe el animoso, requiere el prudente el seguro de su hogar, un silencio lúgubre, preñado de amenazas, sucede á la anterior algarabía, algo como el presagio de un desastre se cierne en los aires.

Y no en balde porque, á poco que el motín ose dar al orden la cara, verás producirse el choque tremendo, de previsto, infalible resultado. Previo ó no el aviso de rúbrica, caen los armados sobre los inermes. Penetrados de la importancia de su misión, seguros del triunfo, ciertos de la irresponsabilidad, los agentes del poder público no dan paz á la mano. Levantiscos ó pacíficos, culpables é inocentes, son por igual blanco de sus iras. La represión no guarda ya límite ni medida. Al apóstrofe responde el sablazo, á la piedra del arroyo la bala del mauser. Verás correr la sangre. Verás cubrirse el suelo de cuerpos exánimes. Mujeres, niños y ancianos caerán confundidos con varones y adultos. Y á la

postre, como trofeo de la gran victoria, verás á los cautivos agarrotados, amarrados como fardos, conducidos á las prisiones para ser allí objeto de las severidades de la justicia gubernamental que ha de completar la obra represiva, convirtiendo la carne de motín en carne de presidio.

Pero se ha salvado el principio. No, Fabio, no me preguntes qué cosa sea, en qué consiste el principio de autoridad. De lo que pudieran ser la razón y la justicia, si existieran sobre la tierra, algo se me alcanza. No estoy del todo en ayunas de lo que significan el derecho y la libertad. Del principio de autoridad sólo sabré decirte que nunca, nunca le oí invocar para hacer á alguien algún bien, para realizar obras de caridad, ni de prudencia, ni de templanza, para exhortar, aconsejar, enseñar, dirigir, para dar consuelo al afligido, amparo al menesteroso, pan al hambriento ó ropas al desnudo. Siempre, siempre que el nombre de este principio sacrosanto ha sonado en mis oídos, ha ido acompañado de los verbos cohibir, reprimir, imponer, castigar y de los actos que á tales verbos corresponden. Será ello una casualidad, pero á mí siempre me ha pasado así.

Ni vayas á creer que por eso le tenga en poco. Al contrario, cuando veo que de tal principio no recoge la sociedad bien alguno positivo, tangible, mientras que por su respeto y amor suelen producirse no pocos males, me doy á entender que alguna excelencia misteriosa debe haber en él que explique y justifique el culto que se le tributa. Tiene algo ese culto de religiosa superstición. Hay algo en él que excede de los límites de la flaca razón humana. Repara si no, Fabio, en lo siguiente. La autoridad necesita vivir rodeada de prestigios, pero esos prestigios de la autoridad no consisten

ni en la legitimidad de su origen, ni en la procedencia y el acierto que presidan á su ejercicio, ni en las dotes y cualidades excelsas de sus representantes, sino en la energía incontrastable con que se impone, sojuzgando con la fuerza toda rebeldía. Todo ciudadano es responsable por los actos que ejecuta; el ajuste de la autoridad no responde de los suyos cuando van encaminados al servicio del gran principio. El homicidio es de ordinario grave delito, pero no cuando se comete en salvaguardia del orden público. Aun en el caso de legítima defensa la ley gradúa escrupulosamente la necesidad de la fuerza empleada para repeler la agresión; la represión autoritaria no tiene medida ni límite. Todo daño causado se atribuye en general á culpa mientras no se pruebe lo contrario; el agente del orden es reputado impecable, intachable, perfecto, inaccesible á la pasión, al arrebató, á la malicia, incapaz no ya de delito, mas ni aún de temeraria imprudencia. No es ello cuestión de clima ó de latitud. Así se entienden estas cosas en Rusia y en España. Así por igual se practican en Madrid y en San Petesburgo.

Funestas, censurables, vitandas son las violencias todas, las de arriba como las de abajo. Pero ¿no es cierto, Fabio amigo, que hay entre unas y otras muy esenciales diferencias? No sería justo exigir á las muchedumbres el tacto, la prudencia, la moderación que deben ser dotes de los que gobiernan. Procede el pueblo en sus agresiones por instinto, por sentimiento, por pasión; las autoridades han de proceder deliberada, intencional, reflexivamente; sin obcecación ni arrebato. Suele ser la acción de la masa justa en sus motivos y generosa en sus intentos, pero impulsiva y ciega,

por virtud de una incultura de que no es el pueblo mismo el verdadero responsable; los que gobiernan hácenlo a nombre de una superioridad intelectual, más ó menos efectiva, pero que constituye el título moral de su legitimidad. Contra la agresión de las masas, cabe á veces la defensa; contra la del poder, nunca. El ciudadano inocente, víctima de los furores de las turbas, tiene siquiera el consuelo de no pagar de su bolsillo á los que le rompen los huesos. Cuando la violencia procede del tumulto, no es al menos quien la practica la propia fuerza social que sólo por y para el cumplimiento del derecho se halla constituida.

Tan extendido estuvo un tiempo el uso de los humanos holocaustos que bien puede afirmarse constituye una nota característica de las civilizaciones primitivas. Dentro ya de los tiempos históricos, la encontramos por donde quiera en la selva druidica como en el templo púnico, en Tiro y Sidon como en el imperio de los Hascaltecas. La suerte de Polixena y de la hija Jefté atestiguan su existencia entre helenos y hebreos. Con el curso de los siglos, el bárbaro rito pareció haber caído en desuso. Fué una falsa apariencia. Cambiaron sí los nombres de los dioses. Ya no se habló de Moloch ni de Astarté, sino de ortodoxia, de disciplina, de patria, de gloria. Los humanos sacrificios siguieron perpetrándose. ¿Será el principio de autoridad, tal como aquí se le comprende (1), uno de esos ídolos siniestros cuyos altares es fuerza se rieguen con sangre?

La Publicidad, Abril 1905.

(1) Aquí y en todas partes, cosa que no quieren confesar los escritores republicanos que ven la paja en el ojo del vecino monárquico... y se olvidan de las atrocidades cometidas en nombre de la República. Podemos ofrecer mil ejemplos al Sr. A. Calderón.—N. DE R.

Recibido.—*Nuevo Espartaco*; de Bilbao (Ángel Pestaña—Lista Correos); *Accordem!* de Río de Janeiro (rua Senhor dos Passos n.º 82; *Anarchistická Revue*, de Moravia-Austria (Stanislavk Neumann Beckovice u Brna).

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Bruch, 63 (entre Diputación y Consejo de Ciento).—BARCELONA